



LOS ALIANTOS

La ciencia no es capaz de explicarnos por qué la música nos place, ni por qué ni cómo una vieja canción puede hacernos derramar lágrimas.

ERWIN SCHRODINGER

¡Pobres ailantos! ¿Por qué se le ocurriría al padre D' Incarville traeros de las legendarias tierras del Extremo Oriente donde con veneración os dan el poético nombre de "árboles del cielo"? Aquí, en cambio, todos son a despreciaros, señalándoos como el más inútil de los árboles. Es verdad que vuestra madera es frágil y que el ganado no puede comer vuestras hojas de olor desagradable; pero en cambio sois capaces de hacer verdaderos prodigios. Sobrios y resistentes; crecéis con rapidez no igualada por ningún otro árbol, aún en los terrenos más pobres, y aguantando sequías, vientos, fríos y calores. Extraordinariamente prolíficos, en poco tiempo, convertís el más horrendo paraje de ruinas y desolación, en un gracioso bosquecillo de aspecto oriental, formado por innumerables árboles de todos los tamaños, de corteza lisa y grisácea, de ramas tortuosas y de largas hojas compuestas, rojizas al brotar.

Es raro ver un ailanto solitario, siempre se rodea de hijos, que le dan un aspecto patriarcal, y que nacen a veces, en los sitios más inverosímiles. Sin embargo, en una calle de Madrid, hay un ailanto solitario. Hace pocos días le fuí a ver, somos viejos amigos, nos conocemos desde la época, ya un poco remota, en que cuatro veces al día pasaba por su lado, en mi ir y venir al colegio. Entonces la calle era recoleta, tranquila, callada; hoteles con frondosos jardines alternaban con los solares, y las viejas acacias entre las que se alineaba nuestro árbol, la hacían sombría durante el día, y aun más tenebrosa por la noche; cuando sólo las luciérnagas tristes de los faroles de gas

brillaban en la oscuridad, cuando casi nadie transitaba por ella y perros encadenados ladraban en los jardines.

¡Cuánto ha cambiado desde entonces! Las mansiones señoriales han desaparecido arrolladas por los tiempos, sustituidas por altas casas de extraña arquitectura. Algunas acacias, asfixiadas por el cemento, el asfalto y los vapores de gasolina, han muerto. No se han preocupado en sustituir las y las simétricas hileras de árboles están llenas de huecos, y las que aun quedan parecen esperar resignadas la muerte, mutiladas por podas brutales con las que pretenden alargar su precaria existencia. Sólo el ailanto, más resistente, permanece en su puesto como hace tantos años, testigo mudo del paso del tiempo, condenado a la soledad, pues es difícil que las semillas germinen sobre el asfalto.

Es la flor del ailanto, poco vistosa, de color amarillo verdoso, apenas destaca entre las hojas. Pero su fragancia, puede que no tenga rival; cuando florecen en la primavera estos árboles, un olor penetrante parece impregnar el ambiente en una forma inconfundible. Luego las flores se transforman en frutos, que recorren toda una vistosa gama de colores del amarillo al rojo intenso. Después, cuando caen las hojas, los vientos del otoño las arrancan, y por su forma de hélice, vuelan girando vertiginosamente a largas distancias, con la semilla, que aguardará a la primavera para germinar, en el suelo, en el tejado, donde quiera que hubiese caído.

En el patio del Instituto hay dos viejos ailantos y en primavera el olor de sus flores se esparce por todo el edificio. Para mí este olor tiene un extraordinario poder evocador: me recuerda un viejo jardín de un pueblo próximo a Madrid, allá por los últimos años veinte. En el jardín había muchos árboles: acacias, moreras, negundos, castaños de Indias... pero sobre todo ailantos. Llevaba varios años abandonado y éstos le habían invadido materialmente, dándole en al-



gunos lugares un extraño aspecto de jungla. Allí los conocí por primera vez y el olor de sus flores se me quedó tan grabado, que ahora, transcurridos muchos años, al percibirlo donde quiera que sea, me parece estar viviendo aquellos días felices (por lo menos así me lo parecen ahora) de mis diez años. Estos recuerdos hacen que brote del alma y estremezca el cuerpo, una extraña sensación, mezcla de tristeza y placidez, de dulzura y acritud; recuerdos de seres queridos que han desaparecido, de tiempos pasados que no volverán.

CARLOS LOPEZ BUSTOS

LOPEZ BUSTOS, Carlos

Catedrático del Instituto "Mtro. Juan de Avila"

FISICA

CURSO PREUNIVERSITARIO

(con fotografías)

MADRID.— Servicio Comercial del Libro.— L 19613

415 páginas — 4.º — Rústica